

negar que todo lo produce por sí misma; el pólipo cortado en varios trozos por Trembley (30), ¿no tiene en sí mismo las causas de su reproducción? Sólo la ignorancia de las fuerzas naturales nos hace recurrir á Dios que, según ciertas gentes (la Mettrie mismo en su *Historia natural del alma*) no es ni un ser de razón; destruir al azar no es tampoco demostrar la existencia de Dios, porque puede muy bien existir algo que no sea Dios ni el azar y que produzca las cosas tales como son, á saber, la naturaleza; lejos, pues, de aplastar á un ateo «el peso del universo» ni aun le conmemorará, y todas esas demostraciones de un creador mil veces refutadas no satisfacen más que á gentes de juicio precipitado á las cuales los naturalistas pueden oponer otros tantos argumentos en contra: «He aquí, dice la Mettrie, el pro y el contra; en cuanto á mí, no me declaro en favor de ningún partido»; pero se ve con bastante claridad á qué partido se afilia; en efecto, poco después refiere que ha participado todas estas ideas á un amigo, á un escéptico (pirronista) como él, hombre de mucho mérito y digno de mejor suerte; este amigo le responde que es antifilosófico preocuparse de cosas que no pueden explicarse y que los hombres no serán nunca dichosos si no son ateos; he aquí la argumentación de este «hombre abominable»: «Si el ateísmo se extendiese universalmente, se arrancarían de raíz el árbol de la religión; desde ese momento nada de guerras teológicas, nada de soldados de la religión, de esos soldados tan terribles; la naturaleza, hasta entonces infectada del veneno sagrado, recobraría sus derechos y su pureza; sordos á toda otra voz, los hombres seguirían sus inclinaciones individuales, que sólo pueden conducir á la felicidad por las atractivas sendas de la virtud.» El amigo de la Mettrie sólo ha olvidado un punto, y es que la religión misma, abstracción hecha de toda revelación, debe corresponder también á una de las inclinaciones naturales del hombre, y, si la religión lleva consigo todos los males, no se ve cómo las de-

más inclinaciones, que emanan de la misma naturaleza, pueden hacernos dichosos; esto no es una consecuencia, sino una inconsecuencia del sistema que viene á dar en conclusiones destructoras.

La Mettrie habla de la inmortalidad como ha hablado de la idea de Dios; sin embargo, se complace evidentemente en considerarla como posible; hasta la más avisada de las orugas, dice, no ha sabido jamás que ha de concluir por convertirse en mariposa; no conocemos más que una débil parte de la naturaleza, y, como nuestra materia es eterna, ignoramos lo que podrá llegar á ser; aquí nuestra felicidad depende de nuestra ignorancia; quien piense así será sabio y justo, y, tranquilo acerca de su destino, le alcanzará la muerte sin temerla ni desearla. Está fuera de duda que la Mettrie se interesaba únicamente de este lado negativo de la conclusión aunque, según costumbre suya, lleva á sus lectores á ella al través de mil rodeos; no halla contradictoria en modo alguno la idea de una máquina inmortal, pero no es por asegurarse la inmortalidad, sino porque la existencia de su máquina sea independiente de toda hipótesis; cierto que no se ve muy bien cómo la Mettrie ha podido llegar á imaginarse la inmortalidad de tal máquina, pues, aparte de la comparación con la oruga, no hace indicación alguna respecto á tal cosa y, probablemente, sería muy difícil dársela.

No sólo la Mettrie no encuentra el principio de la vida en el alma (que no es para él más que la conciencia material), ni aun la encuentra en el conjunto, sino en las partes del organismo tomadas una á una; cada pequeña fibra del cuerpo organizado se mueve en virtud de un principio que le es inherente; para probarlo, ha recurrido á los argumentos que siguen:

1.º La carne de los animales palpita aun después de la muerte, tanto más largo tiempo cuanto es el animal de naturaleza más fría (tortugas, lagartos, serpientes, etcétera).

2.º Los músculos, separados del cuerpo, se contraen cuando se les irrita.

3.º Las vísceras conservan durante mucho tiempo su movimiento peristáltico.

4.º Una inyección de agua caliente reanima el corazón y los músculos (según Cooper).

5.º El corazón de la rana se mueve todavía una hora después de separado del cuerpo.

6.º Según Bacon, se han hecho observaciones semejantes en el hombre.

7.º Y experimentos en corazones de pollos, palomas, perros y conejos; las patas que se arrancan á un topo siguen agitándose todavía.

8.º Orugas, gusanos, arañas, moscas y serpientes ofrecen el mismo fenómeno; en el agua caliente el movimiento de las partes separadas aumenta «á causa del fuego que contiene».

9.º Un soldado cortó de un sablazo la cabeza de un pavo; el animal se sostuvo en pie, dió unos pasos y en seguida echó á correr; tropezó en un muro, volvió batiendo las alas, continuó corriendo y acabó por caer patas arriba (observación personal).

10. Los pólipos hechos pedazos, se convierten al cabo de ocho días en tantos animales perfectos como trozos había.

El hombre es á los animales lo que un reloj planetario de Huyghens es á un reloj ordinario; del mismo modo que Vaucanson tuvo necesidad de más ruedas para su tocador de flauta que para su pato, así el mecanismo del hombre es más complicado que el de los animales; para una cabeza parlante (autómata), Vaucanson hubiera necesitado más ruedas todavía, y esta máquina misma no puede ya considerarse como imposible. Indudablemente que la Mettrie no ha querido designar por cabeza parlante (autómata) un hombre razonable, pero se ve con qué predilección compara á su máquina humana (31) con las obras

maestras de Vaucanson tan características de aquella época; por lo demás, allí donde la Mettrie exagera la idea del mecanismo en la naturaleza humana, se combate á sí mismo censurando al autor de la *Historia natural del alma* de haber conservado la teoría ininteligible de las «formas substanciales»; sin embargo, no hay en él un cambio de opinión sino sencillamente una táctica, ya para guardar mejor el anónimo ó bien para trabajar en cierto modo bajo dos aspectos diferentes un mismo resultado, que es lo que resulta de lo expuesto más arriba. Pero citemos aún, para colmo de prueba, un pasaje del capítulo V de la *Historia natural del alma*, donde expresamente se dice que las formas nacen de la presión de las partes de un cuerpo contra las partes de otro, lo que sencillamente significa que son las formas del atomismo las que se ocultaban aquí bajo las «formas substanciales» de la escolástica; en otra ocasión, la Mettrie vuelve súbitamente sus armas para defender á Descartes: aun cuando hubiese cometido un número mayor de errores, dice, no dejaría de ser un gran filósofo por el solo hecho de haber declarado que los animales son máquinas; la aplicación al hombre es tan visible, la analogía tan chocante y tan victoriosa, que uno se ve obligado á reconocerlo; únicamente los teólogos no advirtieron el veneno oculto que Descartes les hizo tragar en el cebo. La Mettrie termina su obra con consideraciones referentes á la solidez lógica de sus conclusiones fundadas en la experiencia, comparándolas con las afirmaciones pueriles de los teólogos y de los metafísicos. «Tal es mi sistema, ó más bien, tal es la verdad, si no me engaño, breve y sencilla; ahora que dispute el que quiera.»

Este libro, que se vendió con rapidez, hizo mucho ruido, lo que se explica fácilmente; en Alemania, donde todas las personas instruídas sabían francés, no se publicó traducción alguna, pero se leyó con mucha avidéz el original que, en los años siguientes, llamó la atención de los periódicos más importantes y provocó un diluvio de

refutaciones; nadie se declaró libre y públicamente en favor de la Mettrie, pero el tono plácido, la crítica profunda y apacible en más de uno de estos escritos, comparados con los procedimientos de nuestra polémica actual, prueban que la opinión pública no encontraba entonces ese materialismo tan monstruoso como hoy se pretende hacerle aparecer; en Inglaterra se publicó inmediatamente después del original una traducción que atribuía la obra al marqués de Argens, librepensador bondadoso que formaba parte de la sociedad que rodeaba á Federico el Grande; pero el nombre del verdadero autor no podía permanecer oculto mucho tiempo. Lo que vino á complicar gravemente la situación de la Mettrie es que, habiendo ya publicado un pretendido tratado filosófico acerca de la voluptuosidad, publicó más tarde otros escritos de este género; también en *El Hombre-máquina* las relaciones sexuales, aun cuando el asunto no parece prestarse á tales digresiones, son á veces tratadas con cierto descaro sistemático; no desconocemos el influjo que ejercieron en él su tiempo y su nacionalidad, ni negamos tampoco la deplorable pendiente por que se dejó arrastrar, pero repetiremos que la Mettrie creía que de su sistema se deducía la justificación de los placeres sexuales, y, si expresó estos pensamientos, es porque su inteligencia los había realmente concebido; en el prefacio de la edición completa de sus obras coloca el principio siguiente: «Escribe como si estuvieses solo en el universo y no tuvieras temor alguno de la envidia y de las preocupaciones de los hombres, ó faltarás á tu propósito;» quizá la Mettrie ha querido disculparse demasiado cuando en esta apología, donde despliega toda la pompa de su retórica, establece una distinción entre su vida y sus escritos; de cualquier modo, no conocemos nada que justifique la tradición que ha hecho de él un «voluptuoso desvergonzado» que «no buscaba en el materialismo más que una apología para su libertinaje»; aquí no se trata de saber si, como más de

un escritor de su tiempo, la Mettrie llevó una vida disoluta y frívola (y en tal concepto, hasta faltan pruebas), sino más bien si se hizo escritor para servir á sus vicios ó si fué impulsado por una idea de su tiempo, importante y justificable como idea de transición, y si consagró su vida á exponerla. Comprendemos la irritación de los contemporáneos contra este hombre, pero también estamos convencidos de que la posteridad le juzgará mucho más favorablemente, á menos que sólo él no pueda obtener esta justicia que, por lo común, se concede á todos los demás.

Un hombre joven, después de brillantes estudios, no abandona una clientela ya numerosa para perfeccionarse en un centro científico de fama, si no está animado de un amor entusiasta por la verdad. Este médico satírico sabía demasiado bien que en su profesión se pagaba más caro el charlatanismo que la razón y el método en el arte de tratar las enfermedades; sabía que era preciso luchar para introducir en Francia los principios de Sydenham y de Boerhaave; ¿por qué emprendió esta lucha en vez de insinuarse en la confianza de las autoridades predominantes?, ¿le inspiraba sólo un natural disputador? ¿por qué, pues, añadir á la sátira el largo y penoso trabajo de las traducciones y de los extractos? Un hombre tan hábil y tan experto en el ejercicio de la medicina, hubiera podido sin duda alguna ganar mucho dinero más fácilmente; ¿ó acaso la Mettrie pretendía con sus publicaciones médicas ahogar los gritos de su conciencia?... pero no existen ni asomos de una idea cualquiera de justificación personal; además, ¿á los ojos de quién se había de disculpar?, ¿á los ojos del pueblo al que tenía, como la mayor parte de los escritores franceses, por una masa indiferente no madura todavía para el librepensamiento?, ¿á los ojos del círculo de sus conocimientos y amistades donde, con raras excepciones, sólo encontraba personas tan dadas como él á los excesos de la sensualidad, aunque se cuidaban muy bien de escribir libros con este asunto?, ¿en

fin, á sus propios ojos? En toda su obra se ve que tiene el humor risueño y que sabe bastarse á sí mismo; no se halla allí ningún rastro de esa sofística de las pasiones que germina en un corazón desgarrado. Se puede llamar á la Mettrie imprudente y frívolo, censuras bastante graves, es cierto, pero tales censuras no deciden en modo alguno de su mérito personal; no conocemos de él ningún acto característico de perversidad; no ha echado como Rousseau sus hijos á la Inclusa, no ha engañado á dos prometidas esposas como Swift, no ha sido declarado culpable de concusión como Bacon, ni es sospechoso como Voltaire de haber falsificado actos públicos; es verdad que en sus escritos excusa el crimen como siendo una enfermedad, pero en ninguna parte le aconseja como en la infamante fábula de las abejas de Mandeville (33); la Mettrie tiene perfecta razón al atacar la brutal impasibilidad de los tribunales, y, cuando quiere substituir al teólogo y al juez con el médico, se podía acusarle de cometer un error, pero no de pintar el crimen con atractivos colores, porque nadie encuentra bellas las enfermedades; es de admirar que en medio de los odios violentos desencadenados en todas partes contra la Mettrie, ninguna acusación positiva se haya formulado respecto á su moralidad; todas las declamaciones acerca de la perversidad de este hombre, que estamos lejos de clasificar entre los mejores, se refieren únicamente á sus escritos, que, á pesar de su tono enfático y sus complacencias frívolas, contienen, no obstante, un número considerable de pensamientos sanos y justos.

La moral de la Mettrie, tal como está expuesta particularmente en su *Discurso acerca de la felicidad*, contiene ya todos los principios esenciales de la teoría de la virtud fundada en el amor de sí mismo y desarrollada después sistemáticamente por Holbach y Volney, la cual tiene por base la eliminación de la moral absoluta que reemplaza por una moral relativa fundada sobre el Estado y la so-

ciudad, y semejante á la que aparece en Hobbes y Locke; la Mettrie une á ella su teoría personal del placer, que sus sucesores franceses repudiaron para sustituirla con la idea más vaga del amor de sí mismo; lo que todavía le pertenece es la gran importancia que da á la educación considerada desde el punto de vista de la moral, y su polémica contra los remordimientos que se liga á su teoría de la educación. Como se obstinan en poner ante los ojos del público las extrañas caricaturas que se han hecho de la moral de la Mettrie, hemos de indicar brevemente los rasgos esenciales de su sistema. La felicidad del hombre descansa en el sentimiento del placer que en todas partes es el mismo, pero que se divide según su cualidad en placer grosero ó delicado, corto ó durable; como no somos más que cuerpos, nuestros goces intelectuales, aun los más elevados, son por consecuencia en virtud de su substancia placeres corporales, pero, en cuanto á su valor, esos placeres difieren mucho unos de otros; el placer sensual es vivo pero corto; la felicidad que se desprende de la armonía de nuestro sér es tranquila pero durable; la unidad en la variedad, esta ley de la naturaleza entera se encuentra también aquí, y es preciso reconocer en principio que todas las especies de placer y felicidad tienen iguales derechos aunque las naturalezas nobles é instruídas experimenten otros goces que las naturalezas bajas y vulgares; esta diferencia es secundaria y, á no considerar más que la esencia del placer, no sólo alcanza al ignorante como al sabio, sino que tampoco es mayor para el bueno que para el malo (compárese lo que dice Schiller: «Los buenos y los malos siguen la senda del placer, sembrada de rosas»).

La sensibilidad es una cualidad esencial del hombre, mientras que la educación es sólo una cualidad accidental; se trata, pues, de saber ante todo si el hombre puede ser feliz en todas condiciones, es decir, si su felicidad está fundada en la sensibilidad y no en la educación; la

cuestión está zanjada por el gran número de los ignorantes que son felices en su ignorancia y, aun en la muerte, se consuelan con esperanzas quiméricas que son un beneficio para ellos. La reflexión puede aumentar el placer, pero no darle; á quien aquélla hace feliz, posee una felicidad superior, pero con frecuencia la reflexión destruye el placer; uno se siente dichoso por sus simples disposiciones naturales, y otro que es rico, honrado y amoroso, se siente á pesar de ello desgraciado porque es inquieto, impaciente ó envidioso ó porque es esclavo de sus pasiones; la embriaguez producida por el opio proporciona de un modo físico una sensación de bienestar mayor de la que pueden dar todas las disertaciones filosóficas; ¡cuán feliz sería el hombre que pudiese experimentar durante toda su vida la sensación que el opio produce momentáneamente! Un sueño encantador y hasta una locura atractiva, deben ser, pues, considerados como una felicidad real, tanto más cuanto que el estado de vigilia difiere poco del sueño; el ingenio, la razón y la sabiduría son frecuentemente inútiles para la felicidad, y á veces hasta funestos; estos son adornos accesorios sin los cuales el alma puede pasarse, y, la gran masa de hombres que se pasa sin ellos realmente, no está por eso privada de felicidad; la felicidad sensual, por el contrario, es el gran medio por el cual la naturaleza da á todos los hombres los mismos derechos y las mismas intenciones para satisfacerlos, haciéndoles la existencia igualmente agradable; es aquí sobre poco más ó menos, es decir, después de leída una sexta parte de la obra, cuando Hettner parece detenerse en su análisis del *Discurso acerca de la felicidad*, y aun acerca de estos puntos ha olvidado el encadenamiento lógico de las ideas; mas como todavía no tenemos más que los fundamentos generales de esta moral, vale la pena de examinar cómo la Mettrie ha construido sobre esta base la teoría de la virtud; pero diremos una palabra aún acerca de esta base misma.

Se comprenderá por lo que precede que la Mettrie pone en primer término el placer sensual únicamente porque todos pueden experimentarle; no niega en su esencia objetiva lo que llamamos goces intelectuales, y mucho menos los coloca, en cuanto á su valor para y en el individuo, más bajos que el placer sensual, sino que se contenta con subordinarlos á la esencia general de este último, considerándolos como un caso especial que, desde el punto de vista general y de los principios, no puede tener la misma importancia que el principio fundamental mismo, cuyo valor relativamente más elevado no está por lo demás puesto en duda en ninguna parte; comparemos con esta opinión una sentencia de Kant: «Se puede, pues, á lo que parece, conceder á Epicuro que todos los placeres, hasta cuando son producidos por pensamientos que despiertan ideas estéticas, son sensaciones animales, es decir, corporales, sin aminorar por eso de ningún modo el sentimiento intelectual de respeto á las ideas morales, el cual no es un placer sino un respeto de nosotros mismos (de la humanidad representada en nosotros), respeto que nos eleva sobre la necesidad del placer, sin disminuir nada por ello el sentimiento del gusto, el cual es inferior al de la estimación de las ideas»; aquí vemos la justificación al lado de la crítica. La moral de la Mettrie es condenable porque es la teoría del placer, no porque reduzca al placer sensual los goces mismos que debemos á las ideas.

La Mettrie examina en seguida más de cerca la relación que existe entre la felicidad y la educación, y encuentra que la razón en sí no es enemiga de la felicidad, pero llega á serlo por las preocupaciones que esclavizan el pensamiento; libertada de tales preocupaciones, y apoyándose en la experiencia y en la observación, la razón se convierte, por el contrario, en el sostén de nuestra felicidad, es un gufa excelente cuando ella á su vez se deja conducir por la naturaleza; el hombre instruido goza

de una felicidad más alta que el ignorante (34); tal es la primera causa de la importancia atribuida á la educación; cierto que la organización natural es la fuente primera y más fecunda de nuestra felicidad, pero la educación es la segunda y no menos importante; gracias á estas ventajas puede remediar los defectos de nuestra organización, pero su fin primero y supremo es asegurar la paz del alma con el conocimiento de la verdad.

No será necesario añadir que la Mettrie, como Lucrecio, se propone ante todo eliminar la creencia en la inmortalidad del alma, y se toma no poco trabajo para demostrar que en el fondo Séneca y Descartes eran de la misma opinión en este punto; este último recibe una vez más grandes elogios: lo que no se atrevió á enseñar por temor á los teólogos que querían perderle, lo ha expresado de tal modo que espíritus menos elevados pero más atrevidos tenían actualmente que encontrar la conclusión que dejaba entrever. Para elevarse de este endemonismo fundamental á la idea de la virtud, la Mettrie hace intervenir las nociones del Estado y de la sociedad, pero de una manera esencialmente distinta que Hobbes (35); está de acuerdo con éste en que no hay virtud en el sentido absoluto de la palabra, sino sólo en el relativo, no existiendo el bien y el mal más que en relación con la sociedad; á la severa prescripción emanada de la voluntad del Leviathan, se substituye la libre apreciación del bien y el mal que el individuo puede hacer á la sociedad; la distinción entre la legalidad y la moralidad, que desaparecía por completo en Hobbes, recobra sus derechos con este matiz de que la ley y la virtud derivan de una misma fuente; como siendo ambas, por decirlo así, instituciones políticas, la ley está ahí para asustar é infundir temor á los malvados, y las ideas de virtud y mérito excitan á los buenos á consagrar sus esfuerzos al bienestar general.

Tenemos aquí en la manera con que la Mettrie hace

contribuir al bien público el sentimiento del honor, todo el germen de la teoría moral á que Helvetius dió más tarde tan grande desarrollo. El principio de moral más importante, en el que el materialismo puede apoyarse, el de la simpatía, se menciona también aunque de pasada. «En cierto modo el hombre benéfico se enriquece tomando parte en las alegrías que procura»; la relación con el yo impide á la Mettrie reconocer en toda su extensión la verdad general que ligeramente apunta en esa frase; ¡con qué precisión y con qué elegancia se expresa más tarde Volvey en su *Catecismo del ciudadano francés!* La naturaleza, dice, ha organizado al hombre para la sociedad; «dándole sensaciones le organizó de tal suerte, que las sensaciones de los otros se reflejan en él; de ahí nacen sensaciones simultáneas de placer, de dolor, de simpatía, que son un atractivo y un lazo indisoluble de la sociedad»; sin duda ese atractivo no hace falta tampoco como medio de unión entre la simpatía y el principio del egoísmo que decididamente consideran como indispensable todos los moralistas franceses á partir de la Mettrie. Por un audaz sofisma, la Mettrie hace hasta derivarse de la vanidad el desprecio á la vanidad, la cual le parece el punto culminante de la virtud. «La verdadera felicidad, dice, debe venir de nosotros y no de otros; hay grandeza cuando, disponiendo de las cien trompas de la Fama, se las impone silencio y se basta uno á sí mismo en su propia gloria; cualquiera que esté seguro de poder con su mérito personal granjearse la aprobación de su ciudad natal toda entera, nada pierde de su gloria si rechaza el sufragio de sus conciudadanos y se satisface con su propia estimación». Como se ve, no deriva las virtudes de la fuente más pura, pero reconoce la existencia de esas virtudes sin que haya motivo alguno para dudar de su sinceridad; no obstante, ¿qué pensar de su famosa justificación y aun de su elogio de los vicios?

La Mettrie declara con mucha exactitud, desde su pun-

to de vista, que toda la diferencia entre los buenos y los malos consiste en que en los primeros el interés público es superior al interés privado, mientras que con los segundos ocurre lo contrario; los unos y los otros obran por necesidad; la Mettrie llega á inferir que el arrepentimiento es en absoluto condenable, porque no hace más que perturbar la tranquilidad del hombre sin influir en su conducta. Conviene observar que precisamente aquí se halla la parte más débil de su sistema, cayendo en una contradicción flagrante con sus propios principios y donde con mayor fuerza se ha dirigido la crítica contra su carácter personal; indiquemos cómo entabló su polémica contra los remordimientos, para no hacerle aparecer ni demasiado malo ni demasiado bueno. El punto de partida fué evidentemente la observación de que por efecto de nuestra educación experimentamos con frecuencia escrúpulos y remordimientos por cosas que la filosofía no puede considerar como condenables; hace falta primero pensar aquí en todas las relaciones del individuo con la religión y la Iglesia, después en los goces sensuales, supuestos inocentes, particularmente el amor sexual; en este terreno la Mettrie y después de él los escritores franceses de esta época estaban desprovistos de un discernimiento claro, porque, en la sociedad que ellos conocen, los beneficios de la disciplina en la vida de familia, y la moralidad superior que le es inseparable, estaban casi olvidados y apenas si se sacrificaban por ellos; las ideas excéntricas de una recompensa sistemática de la virtud y de la valentía por los favores de las mujeres más hermosas, que recomienda Helvetius, son el punto de partida de la Mettrie, quien se lamenta de que la virtud pierda una parte de sus recompensas naturales por seguir escrúpulos inútiles é inmotivados; en seguida generaliza esta tesis definiendo los remordimientos como derechos de un estado moral anterior que ya no tiene verdadero sentido para nosotros.

Pero aquí olvida la Mettrie que ha dado expresamen-

te á la educación la más alta importancia, tanto para el individuo como para la sociedad, y esto desde un doble punto de vista; primero, como ya dijimos, la educación sirve para mejorar la organización del individuo; luego la Mettrie concede también á la sociedad el derecho de favorecer, en interés general, por medio de la educación, el desarrollo de los sentimientos que conducen al individuo á servir los intereses de la sociedad y á encontrar su felicidad hasta en los sacrificios personales que tienden á este fin; lo mismo que el bueno tiene pleno derecho á extirpar en sí mismo los remordimientos que provienen de una mala educación que condena injustamente los placeres sensuales, así también al malvado, á quien la Mettrie sin cesar desea toda la felicidad posible, le incita á librarse de sus remordimientos: primero, porque no pudo hacer otra cosa de lo que hizo, y después porque la justicia, vengadora, le castigará tarde ó temprano, tenga ó no remordimientos. Es indudable que aquí la Mettrie se engaña dividiendo á los hombres en «buenos» y «malos», olvidando la infinita variedad de combinaciones psicológicas de los motivos buenos y malos, y suprimiendo la causalidad psicológica de donde se derivan los remordimientos de los malos, siendo así que la admite en los buenos; si puede lograrse que éstos, por un efecto último de su educación moral, se abstengan de goces inocentes, puede también ocurrir que los malos, influidos por los sentimientos que conservan de su educación, se substraigan á las malas acciones; es también evidente que el arrepentimiento experimentado en el primer caso, pueda llegar á ser un motivo de abstención en el segundo, pero la Mettrie tiene que negar ú olvidar esto para venir á parar en la condenación absoluta de todo remordimiento.

Su sistema produce un fruto mejor cuando reclama penas humanas tan dulces como sean posibles; la sociedad, por interés de su conservación, está obligada á per-

seguir á los malos, pero no debe de hacerles mayor mal del que este objeto exija. Observemos, por último, que la Mettrie trata de embellecer su sistema afirmando que el goce, á la vez que proporciona satisfacciones y alegrías al hombre, le hace servicial y es un lazo eficazísimo para la sociedad, en tanto que la abstinencia engendra los caracteres rudos, intolerantes y, por consecuencia, insociables. Se formará el juicio que se quiera de este sistema moral, pero es indudable que está bien concebido y es rico en pensamientos, cuya importancia puede apreciarse primero porque interesó vivamente á sus contemporáneos y le tomaron después otros escritores que le desarrollaron sistemáticamente en más amplia base. ¿Hasta qué punto hombres como Holbach, Helvetius y Volney saquearon á sabiendas las obras de la Mettrie? Esta es una cuestión que no podemos examinar; lo cierto es que todos ellos las habían leído y se creían muy superiores al autor; además, muchos de estos pensamientos están de tal modo de acuerdo con el genio de la época que se puede atribuir la prioridad á la Mettrie, pero sin garantizar que sean de él realmente: ¡cuántas ideas van de boca en boca antes de que se escriban y se impriman! ¡cuántas otras se ocultan en los libros bajo expresiones diversamente veladas, en una forma hipotética, y que parecen dichas en broma allí donde nadie hubiera creído encontrarlas! Montaigne, sobre todo, en la literatura francesa, es una mina casi inagotable de ideas temerarias y la Mettrie prueba con sus citas que le ha leído asiduamente; si á éste se añaden Bayle y Voltaire, aunque las tendencias más radicales del último no se hayan dibujado hasta después de los escritos de la Mettrie, se comprenderá fácilmente que serían precisos estudios muy profundos para determinar lo que son reminiscencias ó ideas originales en la Mettrie; pero lo que puede afirmarse con toda seguridad es que no hay quizá un escritor de su tiempo menos inclinado á adornarse con plumas ajenas; es verdad que sus citas son casi siempre

inexactas, pero á lo menos nombra á sus antecesores aun cuando no sea más que por una palabra ó por una alusión; le preocupa más crearse cofrades en su modo de pensar, cuando se ve solo con sus opiniones, que de pasar injustamente por original.

Por lo demás, un escritor como la Mettrie debía llegar fácilmente á las ideas más peligrosas, porque lejos de huir de las aserciones aventuradas que chocaban con la opinión general, las buscaba ávidamente; en este concepto no es posible encontrar mayor contraste que el que existe entre la franqueza de Montaigne y la de la Mettrie; Montaigne nos parece en sus afirmaciones más arriesgadas casi siempre sencillo y, por lo tanto, amable; charla como un hombre que no tiene la menor intención de ofender á nadie y al que de pronto se le escapa un pensamiento del cual él mismo no parece comprender el alcance, mientras que al lector le asusta ó le admira por poco que se detenga y lo note; la Mettrie no es jamás sencillo; estudia para producir efecto, y esta es su falta capital; pero también esta falta ha sido cruelmente expiada, porque ha facilitado á sus adversarios el medio de desnaturalizar su pensamiento; aparte de los ataques simulados que se dirige con frecuencia á sí mismo para conservar mejor el anónimo, se pueden explicar casi todas las contradicciones aparentes de sus aserciones por la exageración de una antítesis, la cual debe considerarse, no como una negación, sino como una restricción parcial de su pensamiento.

Este mismo defecto es el que inspira tan gran repugnancia hacia las obras en que la Mettrie se ha esforzado en glorificar, en cierto modo, la voluptuosidad con los más poéticos colores; Schiller ha dicho de las licencias poéticas cuando están en oposición con las leyes de la honestidad: «sólo la naturaleza puede justificarlas», y «la belleza natural puede sólo justificarlas»; en estas dos relaciones y por la simple aplicación de este criterio, la *Voluptuosidad* de la Mettrie y su *Arte de gozar*, son muy

condenables como producciones literarias; Ueberweg dice con razón de estas obras que «de un modo más artificial y exagerado que frívolo» tratan de justificar los goces sensuales; no entraremos en si es preciso juzgar al hombre más severamente bajo la relación moral cuando por amor á un principio se decide á hacer tales composiciones que cuando espontáneamente las ve con placer fluir de su pluma; en todo caso, no podemos querer mal á Federico el Grande por haberse interesado por este hombre y después, cuando le prohibieron residir en Holanda, haberle traído á Berlín donde llegó á ser lector del rey, miembro de la Academia y volvió á ejercer la medicina. «Su reputación de filósofo y sus desgracias, dice el rey en su elogio, bastaron para conceder á la Mettrie un asilo en Prusia»; el monarca aceptó, pues, la filosofía de *El hombre-máquina* y de la *Historia natural del alma*; si más tarde Federico se expresó desdeñosamente refiriéndose á los escritos de la Mettrie, es porque sin duda tenía presentes la *Voluptuosidad* y el *Arte de gozar*. En cuanto al carácter personal del sabio francés, el rey le juzgó muy favorablemente, no sólo en su elogio académico, sino hasta en sus conversaciones íntimas; esto es tanto más notable cuanto que la Mettrie, como es sabido, se tomaba grandes libertades en la corte y se abandonaba á una descortesía excesiva en la sociedad del rey.

La muerte de la Mettrie, sobre todo, fué lo que más perjudicó á su causa; si el materialismo moderno sólo hubiera tenido representante como Gassendi, Hobbes, Toland, Diderot, Grimm y Holbach, los fanáticos, que fundan tan frecuentemente sus juicios en particularidades insignificantes, hubieran perdido una ocasión tan deseada para pronunciar sus anatemas contra el materialismo. La Mettrie llevaba apenas unos años disfrutando de su nueva felicidad en la corte de Federico el Grande, cuando el embajador de Francia, Tirconnel, á quien la Mettrie había felizmente curado de una grave enfermedad, celebró

su vuelta á la salud con una fiesta que condujo al sepulcro al atolondrado médico; cuéntase que para dar una muestra de su devorante capacidad, y sin duda también para alardear de su robusta salud, se comió él solo un gran pastel de trufas, que inmediatamente después se sintió indispuerto y murió de una fiebre aguda, en los transportes del delirio, en el palacio del embajador; este acontecimiento causó una sensación tanto más profunda cuanto que entre el número de las cuestiones entonces más debatidas se encontraba ésta de la entanasia (muerte tranquila) de los ateos; en 1712 había aparecido una obra francesa, atribuida principalmente á Deslandes, que contenía la lista de los grandes hombres muertos alegremente; este libro se tradujo al alemán el 1747 y no se había aún olvidado; dicho libro, á pesar de sus defectos, tuvo cierta importancia porque contradecía la doctrina ortodoxa vulgar que no admite la muerte tranquila más que dentro de la Iglesia y en la desesperación fuera de ella; del mismo modo que se discutía si un ateo puede tener una conducta moral y, por lo tanto (según la hipótesis de Bayle), si un Estado compuesto de ateos puede subsistir, así se preguntaba entonces si un ateo podía morir apaciblemente; al revés de la lógica, que cuando hay que establecer una regla general hace predominar un solo hecho negativo en toda una serie de hechos positivos, el fanatismo acostumbra en semejantes casos á conceder más importancia á un solo hecho favorable á sus aserciones que á todos los hechos que le contradicen; la Mettrie, muerto en el delirio de la fiebre después de haber comido demasiado glotonamente un gran pastel de trufas, es un acontecimiento más que suficiente para ocupar por completo la inteligencia limitada de un fanático hasta el punto de excluir toda otra idea; por lo demás, esta historia, que metió tanto ruido, no está al abrigo de toda duda en lo que se refiere al punto capital, á saber, la verdadera causa de esa muerte; Federico el Grande se satisfizo con

decir en el elogio histórico de la Mettrie: «Ha muerto en el palacio de milord Tirconnel, plenipotenciario de Francia, á quien había dado la vida; parece que la enfermedad, sabiendo muy bien lo que se hacía, le atacó primero al cerebro para estar más segura de matarle, invadiéndole una fiebre muy alta con un violento delirio; el enfermo se vió obligado á recurrir á la ciencia de sus colegas, pero no encontró auxilio más que en sus propios conocimientos que tantas veces se había prestado á sí mismo y al público.» Es verdad que el rey se expresó de otro modo en una carta confidencial escrita á su hermana, la margrave de Bayreuth (36); esta carta dice que la Mettrie tenía una indigestión de pastel de faisán; sin embargo, el monarca parece considerar como la causa real de la muerte una sangría que la Mettrie se prescribió á sí mismo para mostrar á los médicos alemanes, con los que había tenido una discusión acerca de este punto, la utilidad de las sangrías en tales casos.

CAPITULO III

El sistema de la naturaleza.

Los órganos del movimiento literario en Francia; sus relaciones con el materialismo.—Cabanis y la fisiología materialista.—El *Sistema de la naturaleza*; su carácter general.—Su autor es el barón Holbach.—Otros escritos de Holbach.—Su moral.—Sumario de la obra; la parte antropológica y los principios generales del estudio de la naturaleza.—La necesidad en el mundo moral; conexiones con la Revolución francesa.—«El orden y el desorden no están en la naturaleza»; polémica de Voltaire contra esta tesis.—Consecuencias sacadas del materialismo en virtud de la asociación de las ideas.—Consecuencias para la teoría estética.—La idea de lo bello en Diderot.—Ley de las ideas, morales y estéticas.—Lucha de Holbach contra el alma inmortal.—Aserción relativa á Berkeley.—Ensayo para fundar la moral en la fisiología.—Pasajes políticos.—Segunda parte de la obra; lucha contra la idea de Dios.—Religión y moral.—Posibilidad general del ateísmo.—Conclusión de la obra.

Si entrase en nuestro plan seguir en detalle las formas múltiples que ha recibido la concepción materialista del universo y apreciar la lógica más ó menos cerrada de los pensadores y escritores que no rinden homenaje al materialismo más que incidentalmente unos, en tanto que otros se aproximan á él cada vez más por un lento desarrollo y muchos, en fin, se manifiestan claramente materialistas aunque, por decirlo así, contra su voluntad, ninguna época nos suministraría mayor número de materiales que la segunda mitad del siglo XVIII, ni país alguno tendría en nuestro cuadro sitio más extenso que Francia.

Hallamos, en primer término, á Diderot, hombre plebético de inteligencia y de entusiasmo, á quien llaman